III

MONUMENTOS MEGALÍTICOS DE NAVARRA

Excmo Sr.:

La familia del que fué nuestro dignísimo Vicepresidente, D. Juan Iturralde y Suit (e. p. d.), ha hallado entre los apuntes y estudios de dicho señor la Memoria adjunta que, con las 11 acuarelas unidas á la misma, la completan.

El conjunto constituye una descripción de los dólmenes y el menhir hallados é investigados por aquel sabio infatigable en la sierra de Aralar.

La exposición que precede á dicho trabajo, fechada en Noviembre de 1894, revela que su autor tuvo propósito de remitirle á esa Real Academia; y en tal supuesto, la familia, deseando sea cumplido dicho intento, ha entregado á esta Comisión copia literal, con encargo de ser cursada á V. E.

Conocido que ha sido el asunto por esta Comisión, ha acordado la misma (en testimonio del alto grado de aprecio en que tuvo al autor y en que tiene su memoria) dar al hallazgo el nombre de «Estación prehistórica de Iturralde».

Para transmitirlo á la familia donante, rogamos á V. E. tenga la bondad de disponer se acuse recibo de este envío.

Dios guarde á V. E. muchos años.

El Vocal-Secretario,
Julio Altadíu.

El Vicepresidente,
Florencio de Ansoleaga.

Pamplona, 15 de Febrero de 1911.

Excmo. Sr. Director de la Real Academia de la Historia.

Conociendo el interés que merece á esa Real Academia cuanto se relaciona con la investigación de las antigüedades protohistóricas de nuestra patria, me permito ocupar hoy su atención dándole cuenta de las que, pocos días hace, he tenido la satisfacción inmensa de contemplar en esta tierra navarra, donde hasta hoy no se conocía una tan solo.

Ya que no otro valor, tendríanlo por esa circunstancia tales hallazgos, pues vienen á destruir las teorías que algunos escrito-

res y aficionados á esos estudios, y yo, el último de ellos, hemos emitido acerca del camino seguido por los celtas en sus invasiones, y respecto de los primitivos pobladores de Navarra, fundándonos precisamente en esa extraña carencia de restos protohistóricos en dicha región.

En efecto; si, como hasta hace poco se creía, los monumentos megalíticos eran exclusivos de la raza céltica, ¿cómo explicar la existencia de algunos dólmenes en Álava y su falta en Navarra, siendo esta tierra el camino probable que para llegar allí debieron seguir aquellos pueblos en alguna de sus invasiones? Y si como hoy reconoce la ciencia, esos monumentos no representan una raza, sino una época ó estado social rudimentario común á pueblos primitivos, pero distintos; si hoy se les supone, con razón, obra propia también de los iberos, ¿es posible que no dejasen éstos sus huellas en nuestras montañas, cuando precisamente, según las teorías de la crítica moderna, los Pirineos navarros fueron el punto por donde penetraron en la península muchas de sus primeras tribus, y Vasconia, es decir, Navarra y Vascongadas, el lugar donde se refugiaron, combatidos posteriormente por invasiones de otros pueblos, y donde sus directos descendientes, los éuscaros, viven todavía conservando tenazmente su idioma misterioso y sus típicos caracteres étnicos?

La solución de ese problema, doblemente interesante para los que hemos nacido en el corazón de Vasconia, me ocupaba hace tiempo, sin que mis pobres investigaciones y las noticias que procuraba adquirir acerca de ello dieran resultado positivo alguno. Felizmente, un querido y antiguo amigo, el respetable y bondadoso profesor de instrucción D. Francisco Huarte, á quien me complazco en enviar el testimonio de mi gratitud, me habló, poco ha, de la existencia de ciertos dólmenes en una de nuestras sierras, visitada por él hace años; en vista de sus noticias, encamineme á aquella comarca, y emprendí mis exploraciones con la reserva consiguiente. Acompañado de un pastor de la localidad, navarro de raza, conocedor como ninguno de la lengua éuscara, de los menores accidentes de aquellas montañas y de sus nombres peculiares, recorrí trabajosamente el laberinto de

selvas y precipicios objeto de mi viaje; pero, aunque en aquellos desiertos, casi inaccesibles, no escasearon peligros ni fatigas, dílos por bien empleados al poder contemplar los dólmenes que se me habían indicado, algunos otros escondidos entre las breñas (de todos los cuales remito adjuntos diseños á esa Real Academia) y numerosísimas cavernas próximas á aquellos monumentos. A pesar de haber repetido mi expedición, lo corto del día en la estación presente, lo apartado de aquellos sitios de todo pueblo ó caserío y la imposibilidad de acampar durante la noche entre aquellas desiertas y pavorosas selvas, situadas á unos 1.500 metros de altitud (á través de las cuales se veía obligado con frecuencia mi guía á abrir camino con su hacha), me ha impedido emprender las excavaciones metódicas que proyecto; pero en cuanto sea posible me propongo verificarlas, y cuidaré de comunicar su resultado á esa Real Academia.

Las observaciones que durante mis exploraciones he hecho, creo que exigirán un trabajo de alguna amplitud, y me ocupo de consignarlas en una Memoria que quizá me decida á publicar. Por hoy limítome á inventariar, por decirlo así, esos preciosos restos, doblemente interesantes para la ciencia por encontrarse en el país navarro, donde por fortuna se habla esa lengua éuscara, prehistórica también, que como la Academia sabe (y Charencey y otros sabios han hecho notar), debe considerarse coetánea de la edad de piedra, según lo demuestra la observación de que los nombres de los instrumentos contundentes y cortantes están en vascuence precedidos de la radical *piedra*. Esa circunstancia, y el estudio de los nombres topográficos antiguos relacionados con la situación de los monumentos megalíticos, puede dar la clave de arcanos imposibles de descubrir en otras regiones, donde el idioma no alcanza tan remota antigüedad.

Y dicho lo que antecede, paso á enumerar los dólmenes por el orden en que los vi, consignando antes que á esa clase de monumentos dan en aquella sierra los pocos montañeses que los conocen el nombre de *Trego-arriya*, y que yo distinguí á cada uno de ellos uniendo á dicha voz genérica el nombre del monte ó sitio en que están enclavados, método que naturalmente em-

pleaba casi siempre mi guía, y considero el más conveniente por la luz que puede dar acerca de la relación entre el monumento, el terreno y los hechos allí acaecidos, cuyo recuerdo puede conservar la tradición:

1.° Es el dolmen primero el *Pamplonagañe-ko-trego-arriya*, sobre la cumbre del alto *Pamplonagañe*, situado en una estribación de la legendaria sierra *Aralar*, formando dos piedras laterales de 2,20 m. de longitud y 0,71 m. de altura desde el suelo; otra que sirve de fondo de 0,69 m. de ancho, y la que forma la cubierta, cuya longitud es de 2,20 m. Esta piedra está hoy inclinada y metida en tierra por uno de sus extremos, tapando la entrada.

2.° A unos dos kilómetros al O. se encuentra el *Aranzadie-ko-trego-arriya* ó *dolmen del Alto Aranzadie*, separado del primero por un profundo barranco. Parece haber estado cerrado por los cuatro lados; las piedras laterales son de 2,31 m. de longitud; las del fondo de 0,90 m.; la cubierta de 2,74 m. de largo y 2,08 m. de ancho.

3.° A un kilómetro próximamente de este dolmen, al Occidente y separado también por precipicios, se halla el *Otso-pasageko-trego-arriya* ó dolmen del *Otso-pasage* (1); sus paredes laterales tienen 1,82 m. de longitud; la del fondo 0,72 m. de ancho y la cubierta 2,24 m. de ancho y 1,67 de largo, siendo lo probable, según la forma de esta piedra, inclinada hacia uno de los costados del dolmen, que se ha roto, faltándole un trozo en el sentido longitudinal.

4.° Unos 1.000 metros al Oeste y unos 200 más bajo está el *Zubeintako-trego-arriya* (dolmen del alto de *Zubeinta)*, notable por su estado de conservación y sus dimensiones; sus piedras laterales tienen 2,70 m. de longitud; la del fondo 1,12 m. de ancho, y la cubierta 1,60 m. de ancho y 4,15 m. de largo. La altura de las piedras laterales desde el suelo hasta la tapa ó cubierta, tomada exteriormente, es de 1,26 m.

---

(1) *Otso* significa lobo. De su variante *ocho* se forma el apellido *Ochoa* (el lobo).—F. F.

5.° A unos 700 metros al E. del dolmen anterior y 300 metros hacia el Sur, se eleva sobre un monte que domina los extensos y verdes valles de la Barranca y la Borunda, y ofrece un grandioso panorama el *Arzabalko-trego-arriya* ó dolmen del Alto Arzabal (piedra ancha), que forma la cumbre del monte *Amorlecu* (lugar de amor). Sus piedras laterales tienen 2,55 m. de largo y 0,78 de alto; la del fondo 1 m. próximamente de ancho, y la tapa ó cubierta 4,50 m. de longitud por 2,85 m. de ancho.

Este es el mayor y mejor conservado de todos, y justifica su nombre *(Arzabal)*. Sin embargo, la cubierta se ha partido por su extremo posterior, como puede verse por el diseño, pero sin conmover el resto del monumento.

6.° Al E. NE. de los anteriores descubrí en mi segunda expedición el *Urdenasko-trego-arriya*, dolmen del Alto Urdenasko (abundancia de jabalíes). Este hermoso y típico dolmen está cubierto por una gruesa capa de obscuro musgo que simula de lejos una enorme piel de oso. Sus piedras laterales tienen 2,48 metros de largo; la del fondo 0,65 m. de ancho, y la tapa 4,20 metros de largo, 2,13 m. de ancho y 0,68 m. de grueso.

7.° A bastante distancia hacia el Oriente encontré el *Seacoainko-trego-arriya*, dolmen del sitio llamado Seacoaín. Sus piedras laterales tienen 2,10 m. de largo, y la del fondo 0,89 m. de ancho; la cubierta es de 2,90 de largo, 1,60 de ancho y 0,48 metros de grueso. Este es el último dolmen de los copiados.

Después de atravesar multitud de barrancos, sembrados por completo de colosales y blancas rocas, que en su disposición y extrañas formas semejan ciclópeas fortalezas y murallas destruídas por tremendo cataclismo, entre bosques, precipicios y maleza, y oculto entre árboles tronchados, se ve otro dolmen arruinado sobre un pequeño montículo formado por irregulares y afiladas piedras. Señalámoslo con el nombre de *Churichoberrico-trego-arriya* ó dolmen del Alto de Churricho-berri.

Caminamos después siempre hasta el Este, y saliéndome repentinamente de la selva, vime agradablemente sorprendido al encontrar en aquella altitud una extensa pradera de unos 150 metros de ancho y dos ó tres kilómetros de largo, completamente

llana, limpia de maleza y tapizada de finísima hierba, como un jardín inglés; llámasele *Ata*. A derecha é izquierda se elevan en toda su longitud rocas acantiladas de unos 100 metros de elevación; al pie de ellas, y hasta en el centro del vallecito, se veían centenares de peñascos desprendidos de las alturas. En medio de aquella vasta planicie hay una piedra de planta triangular de 1,13 m. de alto por 0,56 m. de ancho, próximamente, en cada uno de sus lados.

Habíame hablado de ella mi guía, y á pesar de mi fatiga, decidióme á verla la leyenda que me relató, á la que prestaba singular poesía el desierto grandioso en que nos encontrábamos. Cuéntase en la comarca que Roldán, poco tiempo antes de internarse en los desfiladeros de Roncevalles, donde había de encontrar tumba digna de su grandeza, subió al monte Aralar, situóse en el lugar donde hoy se eleva el popular santuario de San Miguel de Excelsis, y arrancando la piedra que allí contemplábamos, la arrojó contra el pueblo de Madoz, situado á gran distancia de aquel punto, donde quizá se albergaban fuerzas enemigas; pero enredóse su puño con el manto, y esta circunstancia hizo que, disminuyendo el impulso, cayera la roca á mitad de camino en el centro de aquellos prados, razón por la cual se la conoce con el nombre de *Erroldan-arriya* (piedra de Roldán).

En esa leyenda, común á otras comarcas de Navarra, anacrónica y disparatada, pero interesante en su sencillez, pues demuestra la resonancia de la Rota de Roncesvalles y la celebridad de sus héroes, cuyo recuerdo vive fresco aún en la memoria de nuestros montañeses, un detalle había llamado mi atención: las señales que, según el guía, habían impreso los dedos de Roldán, señales que yo sospechaba fuesen caracteres desconocidos. ¿Lo son en efecto? Soy incompetente para decirlo; sólo diré que aquellos surcos ni son naturales ni, como al principio creí, han sido producidos casualmente al afilar una herramienta. Aunque no hubiera otras razones, bastaría para probar que no era ese su origen, el surco recto é intencionado que une sin rebasarlas la segunda y tercera líneas de la parte superior. Además, aquellas huellas no son producidas por el filo del hacha ó la navaja, úni-

cos instrumentos que para sus labores en el monte usan los rarísimos pastores que pueden atravesar aquel desierto. Aquello es obra de un cincel rudo y su antigüedad debe ser remota, porque á parte de que la tradición popular, que lo explica á su manera, es muchas veces secular, según parece, indícalo también el aspecto interior de esas huellas, enmohecidas y cubiertas de líquenes, como las demás rocas de la sierra. Por otra parte, aquello representaría un trabajo repetido y largo si hubiera sido producido por el corte ó la punta de un arma que se afila, y no es verosímil que habiendo en aquel campo miles de rocas de la misma clase y formación, utilizasen únicamente esa piedra para tal objeto, como no es explicable tampoco, según queda dicho, el paralelismo y regularidad de esas líneas, y menos aún el trazo corto y recto que sin rebasarlas une dos de ellas.

¿Estará relacionada la misteriosa piedra con esa colección de dólmenes que allí cerca acabábamos de ver?

¿Es, por ventura, fragmento de un *menhir*, monumento funerario, ó piedra conmemorativa de algún acontecimiento de importancia?

¿Sería acaso una especie de piedra miliaria ibérica, y aquellos signos cifras que probarían conocimientos de una rudimentaria numeración escrita? Grande sería en tal caso el valor de ese monumento.

La Academia sabrá descifrar este enigma, en vista del adjunto diseño que tracé con nimia exactitud.

Desde la legendaria piedra emprendimos nuevamente la marcha, volviendo á atravesar el valle por el camino antes recorrido; internámonos otra vez entre peñascales y selvas, torciendo hacia el S.; subimos á la altura de las acantiladas rocas que limitaban el valle; alejámonos de allí, ascendiendo siempre, y en la cumbre de elevadísimos montes, á la vista ya del valle de la Barranca, que ocultaban á intervalos las nubes que nos envolvían, encontramos restos de otros dos grandes dólmenes, distantes entre sí tan sólo unos quince metros.

El alto se llama Lizarrandi-gañe, y con ese nombre señalamos á ambos monumentos. Uno de ellos presenta la particularidad de que su cubierta, según se ve por un enorme bloque que de

ella queda, era naturalmente arqueada, formando bóveda, con la convexidad hacia el exterior. Este bloque parece haber sido arrancado de una caverna, pues lo indica no sólo su forma, sino las señales de estalactitas ó estalacmitas en su parte inferior. El grueso de esta piedra es de unos 70 centímetros.

Desde este punto emprendimos el regreso con la rapidez que permitía el terreno, pues el día declinaba, mis fuerzas se agotaban, y había que andar algunas horas para llegar á poblado; pero antes contemplé de lejos algunos montes y precipicios donde existen otros tres dólmenes, cuya situación reservo por hoy, pero que me propongo reconocer en breve.

Durante mis expediciones he visto también un sinnúmero de cavernas, enriquecidas unas con afiligranadas estalactitas y estalacmitas; formadas por cámaras de planta extraña otras, y algunas con espantosos é insondables abismos en su interior.

Resumiendo: he reconocido siete dólmenes completos, tres arruinados, y adquirido noticias de otros tres; en junto trece, esperando encontrar otros aún.

Las observaciones que he hecho espero detallarlas más tarde, limitándome por hoy á las siguientes:

1.ª Todos los dólmenes están rodeados por un círculo de unos ocho ó diez metros de diámetro, formado por piedras irregulares, esquinadas y no grandes; pero no presentan señales de haber estado bajo ningún montículo ó *gal-gal.*

2.ª Todos tienen su entrada hacia el Oriente; y

3.ª A distancia relativamente corta de cada uno de los dólmenes, se encuentran una ó más cavernas, circunstancia sobre la que llamo la atención de la Real Academia, y considero de suma importancia para mis exploraciones futuras, por creer que, por lo menos en este país, existe entre unas y otros estrecha relación.

Dios guarde á V. E. muchos años.

JUAN ITURRALDE Y SUITZ.
Correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

Pamplona, 27 de Noviembre de 1894.

(Es copia.)

Notas referentes á nuevos hallazgos en la estación prehistórica de Aralar, que el Sr. Iturralde habría añadido en la redacción definitiva de su Memoria.

«En mi tercera expedición, verificada cerca de un año después, dirigíme, acompañado de mi incansable guía, hacia el Oeste, dejando tras de nosotros la comarca poblada de dólmenes anteriormente recorrida. A cerca de una lengua del dolmen de Zubeinta *(Zubeintako-trego-arriya)*, después de cruzar grandes barrancos y selvas, escalar cumbres y contemplar inmensas rocas de típicas y extrañas formas, hallé entre maleza y grandes árboles, sobre un montículo de piedras esquinadas, otro dolmen que denominé *Olavertako-trego-arriya*. Sus piedras laterales, que no fué posible medir exactamente por los cantos y maleza en que estaban enterradas en gran parte, tendrán próximamente unos 2 m. ó 2,40 m. de largo; la cubierta (rota y dividida en tres trozos que dejan al descubierto el interior del dolmen y están hoy separados por grandes intervalos ó huecos) tiene unos 2,35 metros de ancho y 3,30 de longitud.

Este dolmen se eleva claramente sobre un montículo de piedras irregulares y esquinadas de no muy grandes dimensiones, que pudiera calificarse de *gal-gal;* como testimonio de su extraordinaria antigüedad, se ve en su parte superior é inmediato al dolmen un enorme tronco de roble, muchas veces secular, cortado hoy á poca distancia de sus raíces, que retorciéndose penetran entre las grietas de las piedras.

La cavidad ó hueco del dolmen es profunda; pero no siendo prudente proceder á una excavación en su interior, que casi con seguridad habría de ocasionar desgracias, y después de haber penetrado en él por entre las grietas de la cubierta para juzgar de su estado de solidez, hice que mi guía (que siempre iba provisto de pico, hacha y azada) excavase en la parte exterior é inmediata al dolmen, sobre la cúspide del montículo. A unos 0,40 metros de profundidad se encontró gran cantidad de huesos humanos y de animales: grandes molares, vértebras, restos de mandí-

las y muchas muelas de hombre y costillas, que por su marcada convexidad y por otros conocidos caracteres, se conocía eran de animales.

Los huesos, por su aspecto, representaban una antigüedad remotísima; aunque he tenido ocasión de examinar muchos, cuya inhumación remontaba á cientos y aun millares de años, ninguno he visto quizá que presentase tan marcados signos de vetustez. Como generalmente sucede, los dientes y muelas humanos eran los que en mejor estado de conservación se encontraban. Sin embargo, aun cuando la mayor parte conservaban su esmalte y no presentaban señal de caries, había algunas muelas de aspecto perfectamente sano en su exterior, y que interiormente estaban completamente huecas. La mayor parte de los huesos presentaban exteriormente un color pardo rojizo muy pronunciado, é interiormente estaban convertidos en una materia esponjosa, en una verdadera filigrana compuesta de finísimos filamentos que se cruzaban y retorcían, formando extrañas figuras, como el más delicado encaje. Recogimos varios huesos de los mencionados, y de ellos pensamos dar una descripción minuciosa y representaciones gráficas.

La gran distancia que nos separaba en aquel sitio de todo poblado y la necesidad de descender al valle antes de la noche, nos impidió continuar por entonces las excavaciones, aplazándolas para más adelante.

Emprendimos, pues, nuestra marcha rápidamente; pero antes de dirigirnos hacia los valles, quisimos aprovechar las horas que quedaban de día para ver otro dolmen. Atravesamos nuevamente barrancos profundos, subimos á las cumbres de diferentes montes, y en una de ellas, á algunos kilómetros del dolmen anterior, en dirección á Oriente, hallamos uno magnífico y en extremo interesante, pues en él puede estudiarse el sistema que empleaba para la construcción de tales monumentos el pueblo que los erigiera. Efectivamente; sobre la elevada cumbre llamada *Luperta*, desde la cual se descubría un sublime panorama formado por negros precipicios, verdes laderas, peñascales tajados y desordenados cual si los hubiera sacudido un terremoto, y

bosques sombríos que lucían los más ricos matices, desde el negro azulado al verde esmeralda, al amarillo y al carmín encendido, y tras de los cuales una línea de montañas de caprichosas formas y cubiertas de nieve elevaba hasta el cielo sus excelsos y plateados picos; sobre aquel admirable observatorio, decimos, se elevaba un montículo de unos cuatro metros de elevación, compuesto de cantos esquinados como los otros ya descritos, y en su parte superior hallábase semienterrado el típico dolmen que denominamos *Lupertako-trego-arriya*. Su tapa ó mesa hállase al descubierto, pero hasta ella llegan ocultando las piedras laterales que la sostienen y la del fondo, los cantos del montículo, dejando sólo libre la entrada al monumento, cuyo hueco interior tiene próximamente 1,85 m. de longitud por 1 m. de anchura. La roca que forma la tapa del dolmen es de 3,25 m. de largo por 2,54 m. de ancho. Las piedras laterales, medidas desde lo interior del monumento, tienen unos 3,02 m. de largo y 1,88 metros de altura desde la tapa que sostienen hasta el nivel de tierra donde penetran. En mi concepto, las excavaciones que se practiquen bajo este dolmen y montículo han de ser de notables resultados, por el estado de conservación en que uno y otro se encuentran.

Dirigímonos desde aquel sitio siempre al Oriente, dejando tras denosotros, á la izquierda, algunos de los dólmenes que encontramos en nuestras primeras expediciones; pasamos á corta distancia de los horribles peñascales que limitan por la parte del Sur la apacible llanada de *Ata*, con su piedra de caracteres prehistóricos, encantador vallecito que, á unos 1.200 metros sobre el nivel del mar, queda escondido como el foso de una fortaleza entre los acantilados de las rocas.

Seguimos rebasando el pintoresco monte Madalen, separados de él por un abismo cubierto de selvas, y encontramos sobre la cumbre del *Armendía* otro dolmen, que distinguí con el nombre de *Armendako-trego-arriya*, rodeado también por un círculo de cantos y rudas piedras, formando el montículo en cuyo centro y parte superior se eleva el monumento. Su cubierta, que hoy resulta casi cuadrada, pero que en mi concepto pudo ser más larga

en su origen, tiene 1,88 m. de longitud y otro tanto de anchura; las piedras laterales 2,19 m. de largo y 1,81 m. de alto, desde el suelo hasta la tapa; y la piedra del fondo en su parte inferior, y por consiguiente el hueco del dolmen, 0,96 m. de ancho

Bajamos desde allí, lo más rápidamente que pudimos, por un terreno, el más abrupto quizá de cuantos habíamos visto hasta entonces, y antes de llegar al fondo del barranco y hacia la mitad del monte, hízonos fijar nuestro guía en las vetustísimas ruinas de un edificio que encierran un problema histórico y presentan un extraordinario fenómeno de la naturaleza verdaderamente inverosímil. Consisten esas ruinas en los restos de una iglesita de exiguas dimensiones (unos doce ó catorce metros de largo por cuatro ó cinco de ancho), de la que sólo quedan trozos de los muros casi á nivel de tierra, suficientes únicamente para marcar el área que ocupaba. Consérvase tan sólo en pie todavía el paramento de uno de los extremos de aquel edificio, el del lado de Occidente; ese paramento, unos dos metros más elevado en la parte N. que en la del Mediodía, por efecto de la escarpada pendiente del monte, está formado por pequeños sillares de piedra arenisca sin labor alguna, ni aun la más insignificante cornisa ni retablo; dicho muro, que quizá correspondiera á la parte anterior de la iglesia, ó sea la opuesta al ábside, carece de ventanas, tiene un espesor enorme para su diminuta construcción (más de un metro) y termina, en su parte superior, en dos vertientes donde se apoyaba la techumbre, que probablemente sería de loza. Sobre el vértice del ángulo que divide esas dos vertientes aparece el robusto tronco de un añoso roble, de unos setenta centímetros de diámetro, del cual arrancan, extendiéndose en todas direcciones, gigantescas ramas. Visto ese roble desde la parte exterior del muro, diríase que arraiga en el interior del edificio, en el suelo sembrado de escombros; pero examinándolo por el lado opuesto, se observa, con verdadero asombro, que aquel gigantesco árbol ha nacido sobre el muro que aún subsiste en pie. Sus raíces, extendiéndose pintorescamente, se retuercen como sierpes que luchan iracundas; se abren camino entre las grietas de las peñas, han arrancado sillares que sostienen en el aire forman-

do nudos en derredor suyo y rodeándolos apretadamente; se elevan, bajan y entrelazan como las serpientes del grupo de Laocoonte, y describen curvas, ángulos agudos y espirales, sin tocar á tierra. El inmenso peso del gigantesco árbol sólo puede ser soportado por la robustez y el gran espesor de aquel muro y más aún por un prodigio de equilibrio.

Mi guía designó aquellas ruinas con el nombre de *Aguirico-Eliza* (iglesia de Aguirí), y añadió que, según la tradición que han ido transmitiéndose las generaciones, allí hubo un pueblo, lo cual parecen corroborar, efectivamente, algunos sillares y vestigios de escombros que se ven á poca distancia ¿En qué remotísima época existió éste y fué edificada la iglesia?

Confúndese el espíritu al considerarlo. Ni restos quedan de tal población ni aun siquiera guardan memoria suya la historia y los archivos de este antiguo reino, donde constan los nombres de otras insignificantes que han desaparecido. Y prueba elocuentemente tan pasmosa vetustez, aquel gigantesco roble que parece subsistir para proclamarla desde lo alto de la ruina. En efecto, ese árbol de grueso tronco, de robustas ramas y colosales raíces, manifiesta ser seis ú ocho veces secular, y sólo pudo arraigar y crecer sobre el muro de la iglesia cuando, derruída ya, tras de otros muchos siglos de existencia, pudo recibir en el espesor de su paramento la semilla que cayera de los robles que la rodeasen y cobijaran bajo sus frondas.

Ya en el fondo del barranco, visitamos dos cuevas. La una, que ocupa el centro de una enorme y pintoresca roca, semejante á robusta fortaleza, ostenta su entrada en forma de arco semicircular aperaltado, que parece la entrada de un castillo. Trepamos hasta ella, suspendiéndonos á las ramas y raíces de fuertes arbustos; pero al llegar á sus umbrales, vimos con sentimiento que sólo tenía unos seis metros de profundidad, terminando en forma de nicho ú hornacina. Llámase el peñón *Ponsolúa*.

A poca distancia, y en la base del monte que acabábamos de recorrer, existe otra caverna cuya entrada está rodeada de peñascos, de distintas formas y tamaños, desprendidos de la montaña. La boca de la cueva mira al Sur, y la galería, cuyo corte

vertical forma un ángulo con el agudo vértice en la bóveda y la base en el suelo de la misma, se dirige al N. en pendiente que baja rápidamente durante unos 50 metros.

Dicha galería es estrecha, forma á trechos pequeñas cámaras circulares con estalactitas y estalacmitas gruesas é informes, y bóveda y paredes destilan agua de continuo, á consecuencia de lo cual, el suelo está encharcado y las rocas que lo constituyen, lo mismo que las paredes y aun mucha parte de la bóveda, están reblandecidas en su superficie y cubiertas de una compacta y gruesa capa de barro gris amarillento. El fenómeno que se observa en esa gruta explica su aspecto interior. Cuando las nieves cubren aquellos montes ó durante las grandes lluvias, sale de ella una inmensa masa de agua en forma de furioso torrente y con un empuje tal que, al rebasar la boca de la caverna, se esparce y eleva violentamente, arrastra peñascos, arroja grandes piedras á varios metros de altura, y convertido en río, devasta los sembrados del pueblo de Irañeta que se extiende en el llano á dos ó tres kilómetros de distancia. Las intermitencias de ese torrente y lo incierto de tan terrible fenómeno, hacen peligrosísima la exploración de esa caverna que, según opinión de los naturales del país, debe recibir, por medio de simas ó canales subterráneos, las aguas y nieves que se filtran desde el valle de *Ata*, situado en la cumbre de aquel monte, y quizá las de otros picos más elevados, á juzgar por la presión del agua al salir de la cueva. Esta es vastísima y parece que nadie se ha arriesgado á ver dónde termina. Nosotros sólo penetramos en ella unos 80 metros, pues á parte del peligro y de la carencia de aparatos de alumbrado, es difícil transitar allí por los peñascos que obstruyen el paso y por lo resbaladizo del suelo, en muchos sitios sumergido.

Desde esa cueva, conocida también con el nombre de Ponsolúa que llevan aquellas rocas, subimos al monte *Madalen*, con objeto de acercarnos á los extraños peñascos que se alzan en su parte posterior y habíamos contemplado desde otras cumbres muy distantes en nuestras diferentes excursiones, dudando si serían monumentos megalíticos.

Después de una penosa ascensión por las breñas del Madalen, examinamos aquellas inmensas y extrañas rocas á corta distancia de su base y nos convencimos de que su disposición es debida á un fenómeno natural y no á la mano del hombre. Una cortadura vertical de la peña, de más de 150 m., se sumerge al S. en el valle de la Borunda; lisa y limpia de todo arbusto, forma en su cúspide una llanada inclinada hacia el S. y á su terminación elévase un gigantesco cono de roca caliza que termina en una punta agudísima, como las flechas de una catedral ojival, y sale de la vertical inclinándose marcadamente hacia el N. en el extremo.

Al pie ó arranque de ese ciclópeo cono, pero siempre en la parte alta del peñón, se nota un hueco ó túnel semicircular, á través del cual penetra la luz y se ven cruzar las nubes.

La ascensión á la cúspide de esas rocas es por este lado imposible. Sólo los buitres pueden llegar hasta allá; y entre sus grietas y oquedades han establecido sus nidos y colocados en fila sobre las cornisas, se les ve contemplar inmóviles las profundidades de los valles y las selvas, que se extienden á 600 ú 800 metros á sus pies.

Desde el dolmen de *Pamplona-gañe*, á unos 700 ó 1.000 metros en línea recta caminando hacia el O., hay una gruta pequeña con bifurcación. Esta gruta se llama *Bazterroco-cueva*, su boca mira al S., su bóveda es cilíndrica.

A unos 1.000 m. á la misma altura, y en dirección al Oeste, hay otra cueva llamada *Gentillen-cueva*. Su boca está á raíz de tierra y es tan pequeña que hay que penetrar en ella arrastrándose y con gran dificultad. A unos 20 m. se divide en dos galerías; hay un laberinto de estalactitas, estalacmitas y concavidades muy extrañas. Golpeando el suelo se oyen grandes ruidos debajo, indicando enormes oquedades. No he llegado al fin porque, donde aparentemente termina, supongo yo que hay un agujero que da paso á otras galerías.

A unos 1.000 m. de la *Gentillen-cueva*, en línea recta, y próximamente á la misma altura, pero separado de ella por un profundo barranco, está el dolmen del Alto de *Aranzadie*.

A unos 600 m., siempre al O., y 80 á 100 más baja está la cueva de Basadetz. Es curiosa. Su boca, en forma de arco semicircular, tiene de alto 1,50 m. Da ingreso á una pequeña rotonda de bóveda semiesférica; en su fondo hay un agujero que da ingreso á otra sala circular, luego otra puerta y otra galería en cuesta. La primera sala recibe luz de lo alto por una grieta de la roca.

Al pie del monte de San Miguel é inmediata al camino por donde se sube al santuario, existe una cueva, y á espaldas de la roca, donde se halla situada y á la misma altura próximamente sobre el camino del santuario, hay otra llamada Sorguiñ-echea (casa de las brujas), en el fondo y parte alta de un arco ojival. Sospecho que ambas cuevas deben comunicarse entre sí, formando una especie de túnel. No puede subirse hasta ellas sin ayuda de escaleras y cuerdas.

A unos 1.000 m. al O. de los dólmenes de Lizarrandigañe, hay una cueva vertical ó pozo que, á unos cuatro ó cinco metros de profundidad, se divide en dos galerías horizontales paralelas. No se puede bajar.

Es digna de mención la roca de Garchalatch. Fórmala un bloque inmenso de unos 300 m. de altura, que parece un torreón; en su centro hay una grieta que llega hasta la tierra, por donde se penetra en el peñasco, y á ambos lados, dos cuevas que se comunican entre sí.

A unos 50 m. del dolmen de Seacuaín, hay una gran cueva que, á 20 m. de la entrada, hacia la izquierda, tiene una profundísima sima. Las piedras que se arrojan se oyen caer, rebotar y chocar durante mucho tiempo. Al exterior, la entrada ó arco tiene á ambos lados una especie de pilares ó columnas.

Hay también varias cuevas llamadas *Cueva zarrac* (cuevas viejas).

Erroldan-arriya.

Deseando conocer la opinión de persona de tan indiscutible competencia en la ciencia de las antigüedades como es mi respetado amigo el sabio arqueólogo de Berlín, D. Emilio Hübner, re-

mitíle un croquis de tan extraño monumento, suplicándole emitiera su opinión acerca del mismo.

La contestación del sabio epigrafista fué, como suya, por demás interesante; he aquí algunos párrafos de su carta, fecha 3 de Enero de 1895:

«... Respecto á la priedra triángular cuyo dibujo me manda usted, existe, en efecto, una escritura semejante en piedras encontradas en Inglaterra, especialmente en Wales y en Escocia, que llaman Ogham. Pero lo característico de ella es que los rasgos en que consiste no están en un lado sólo, sino que continúan sobre el ángulo de la piedra al otro lado. Algunas de ellas encontrará usted en mi obra *Inscriptiones Britanniae Christianae* (Berlin, 1876, etc). Sin embargo, los surcos de su lápida son diferentes de los Ogham y no creo sean una escritura. Los creo más bien señales, sin duda, de la mano del hombre, como se encuentran en muchas partes esculpidas en la roca viva; indiqué las de Fuencaliente y del monte Horquera en mis *Monumenta linguae Ibericae* (Berlin, 1893-94), bajo los números LXI y *6*. Es imposible de interpretar tales señales cuando se encuentran aisladamente; sólo una serie de monumentos semejantes se ofrece á comparaciones y tal vez á una explicación de su destino. En un caso como éste, el indagador no puede hacer más que buscar y aguardar; un hallazgo inesperado á veces derrama luz sobre objetos de igual obscuridad.»

Termina su carta el Sr. Hübner ofreciéndose noblemente á ayudarme en mis tareas y poniéndose á mi disposición para suministrarme informes sobre libros y noticias que buscaría en vano en las obras epigráficas publicadas por él; generosidad propia de un verdadero sabio que, impulsado por el amor á la ciencia, no se desdeña en auxiliar á todo el que la investiga, por humilde que sea.

En la tercera ó cuarta expedición que hice á aquellos montes, me detuve en el vallecito de *Ata*, con el objeto de proceder á una excavación en torno de *Erroldan-arriya*. Comenzóla mi guía; pero contra lo que yo suponía, la piedra triangular, conservando su forma, penetraba á gran profundidad en el terreno. Era éste

formado de tierra vegetal finísima, compacta y limpia, sin que en ella se encontrase el más pequeño guijarro; á un metro de profundidad, la tierra se presentaba más compacta todavía; tenía el color negruzco azulado del acero y salía adherida á la azada ó el pico en trozos lisos brillantes y finos, como el barro mejor prensado de una alfarería mecánica. Continúose la excavación y observé que la piedra variaba de forma, naciendo de la arista de donde arrancan los misteriosos signos una especie de rama ó brazo pegado á dicha arista, cuya parte más gruesa está en la parte baja, cual si formase el hombro de una estatua invertida. Pronto alcanzó la excavación 1,87 m. de profundidad y, aunque la piedra continuaba todavía, no fué posible seguir el trabajo emprendido por impedirlo la dificultad de extraer la tierra desde el fondo careciendo de cestas ó terreras, y apliqué para otra ocasión el verificar una exploración completa, cuidando de rellenar, entre tanto, la excavación.

Desde el punto en que se abandonó la excavación, la piedra alcanzaba una longitud de 3 m. y se hundía aún en la tierra, conservando siempre, salvo el brazo de que he hablado, la forma triangular.

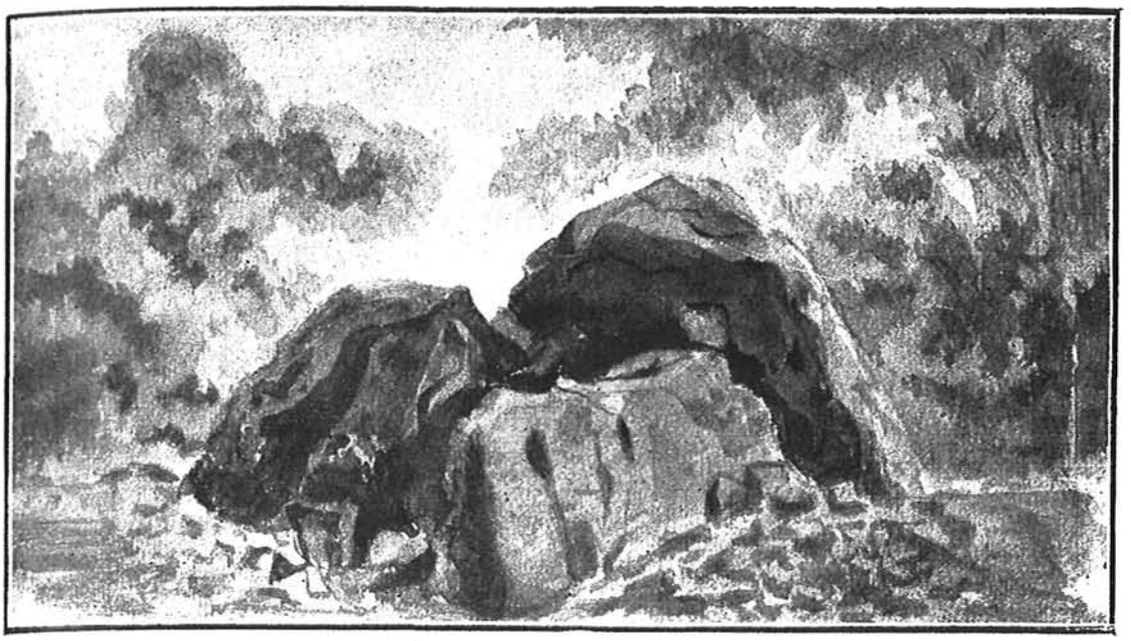
Evidentemente no era una muga prehistórica, como yo sospechaba, tan extraño monumento, y dada su extraordinaria altura, más parece un menhir, notable por ser muy escasos los que, como éste, ostentan una inscripción ó signos grabados.

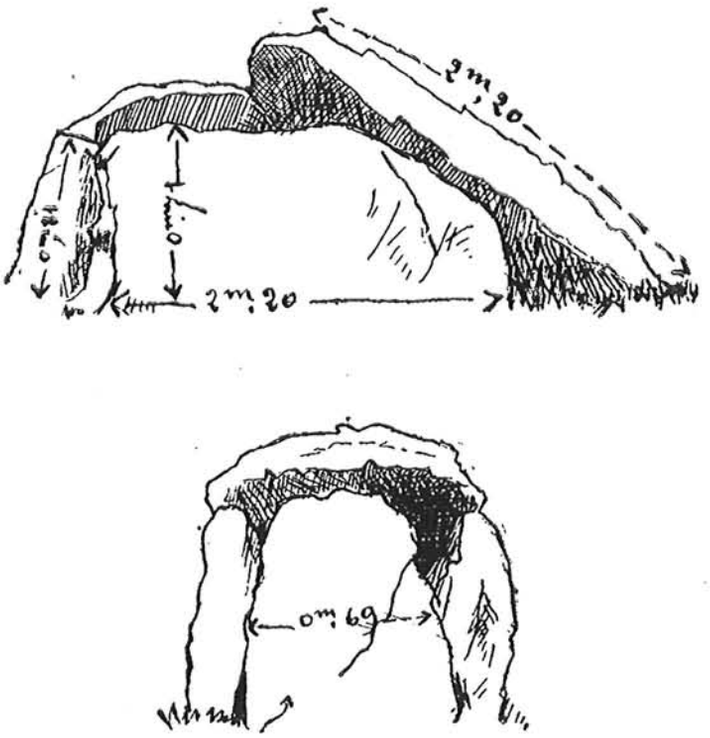
Pero siendo un menhir, ¿cómo se conserva en posición vertical estando enterrado? Si el nivel de tierra hubiera sido, con corta diferencia, el de hoy y el supuesto menhir se hubiera derrumbado, se hallaría en posición horizontal. Si ocupa la posición en que se le colocara, como los demás monumentos de su clase, entonces el nivel de tierra ha variado considerablemente, aumentando su altura en dos ó más metros, hasta dejarlo casi enterrado; pero es creíble que si ese aumento del nivel del terreno fué debido á desprendimientos de tierras de las alturas inmediatas, quedara en pie esa piedra de tan escasa base (0,56 m. de lado) y tan considerable elevación.

Eso no es verosímil y nos hace sospechar que la piedra ha sido

enterrada al erigirse el monumento, con arreglo quizá á un rito, creencia ó superstición, que hoy desconocemos, y que tal vez explicaran los surcos misteriosos grabados en su parte superior, que es la única que queda al descubierto.

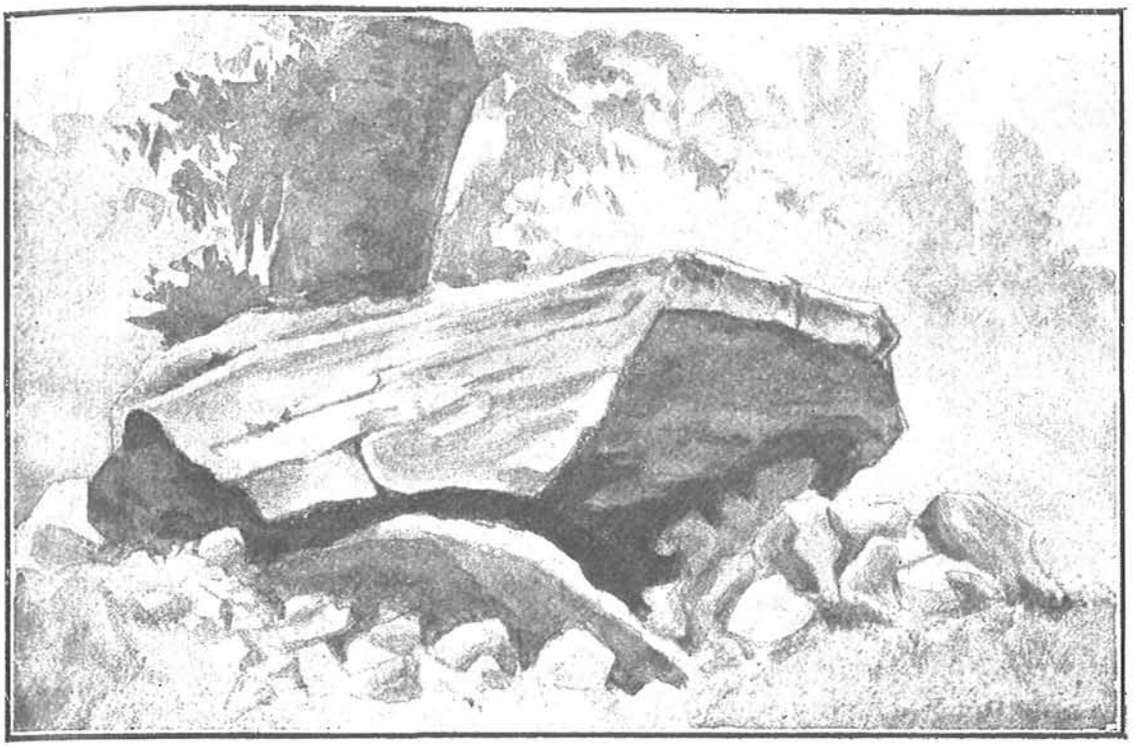
El nombre con que en aquellas montañas designan á los dólmenes—*trego-arriya*—, vocablo genuinamente éuscaro, es del mayor interés para la ciencia arqueólogica y designa ó fija admirablemente el objeto ó destino que tenían tales monumentos; efectivamente, *trego-arriya* significa literalmente *piedra* ó *roca de reposo*, de *trego*, reposo ó descanso, según el diccionario de Larramendi, y *arriya*, piedra, es decir piedra tumular.

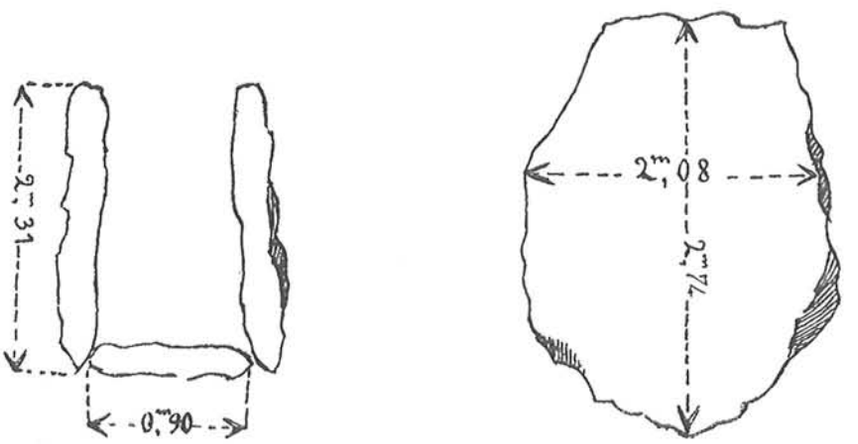




Núm. 1

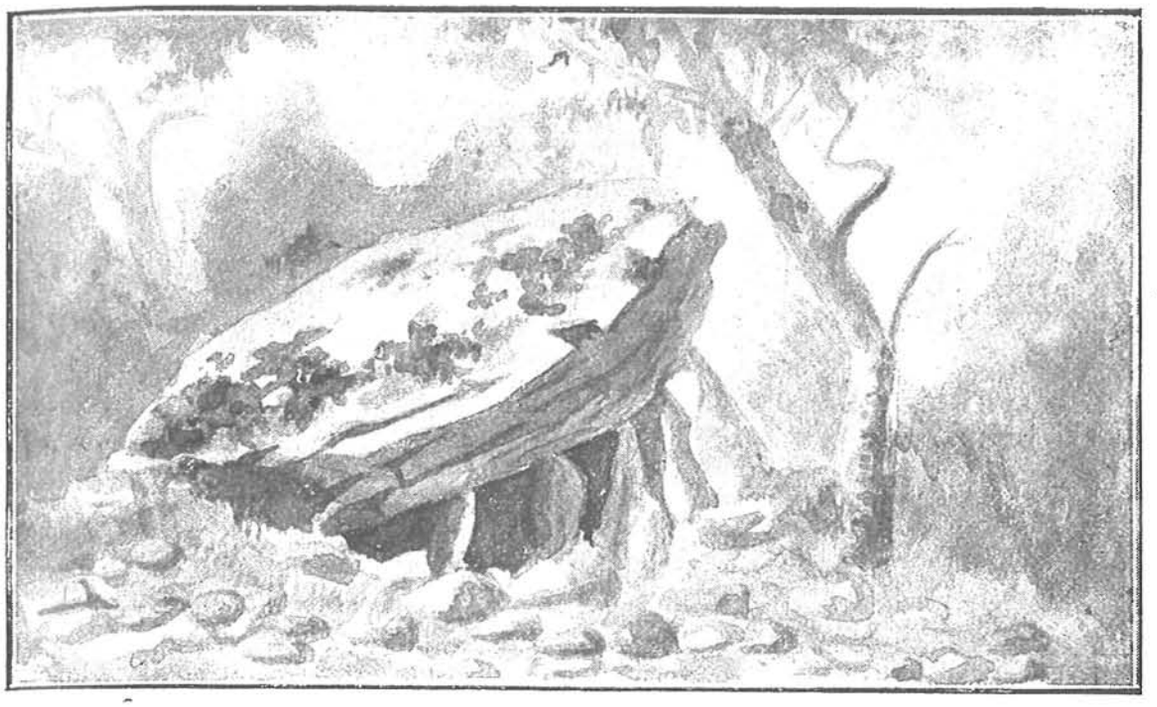
Dolmen de *Pamplonagañe*. Su entrada, que mira al Oriente, se representa por el grabado inferior. Véase la página 200.

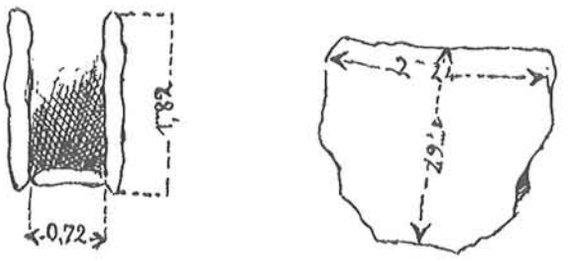


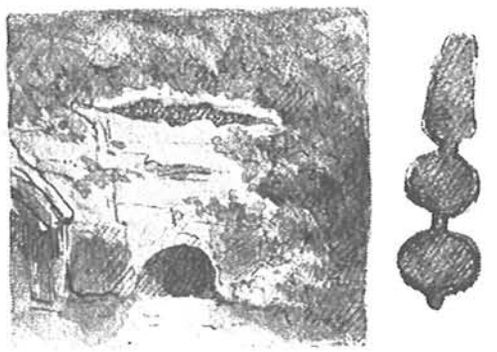


Núm. 2

Dolmen del Alto *Aranzadie*. Véase la página 200.

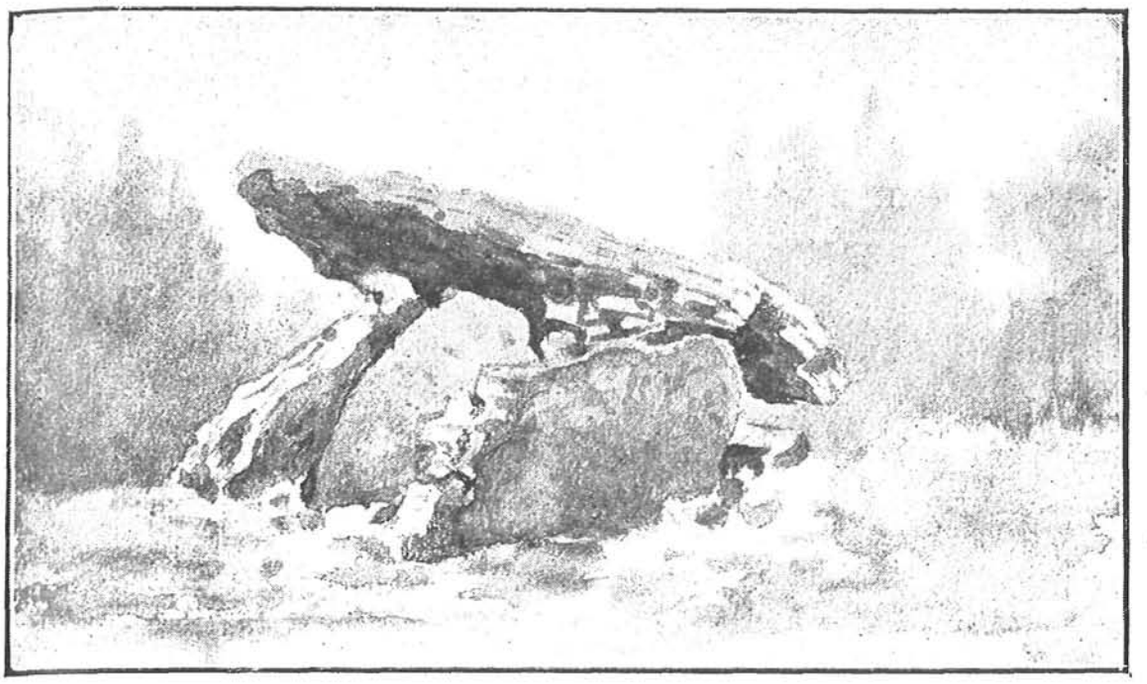


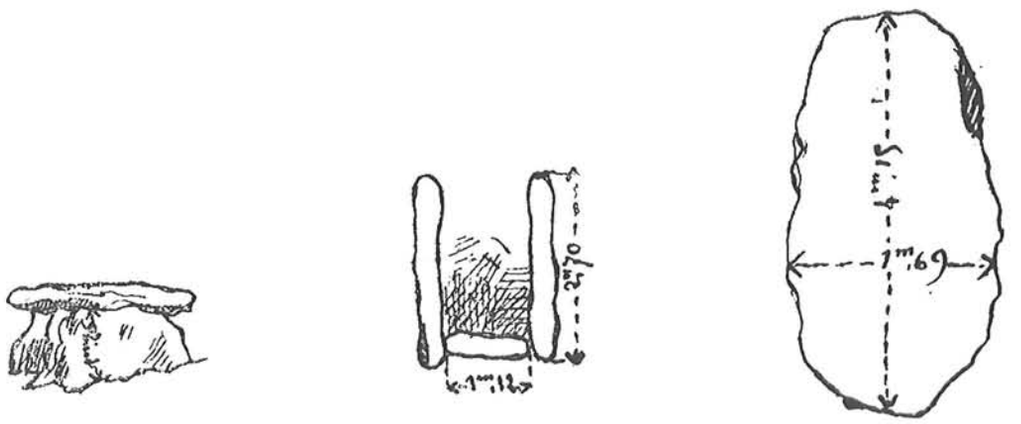




Núm. 3

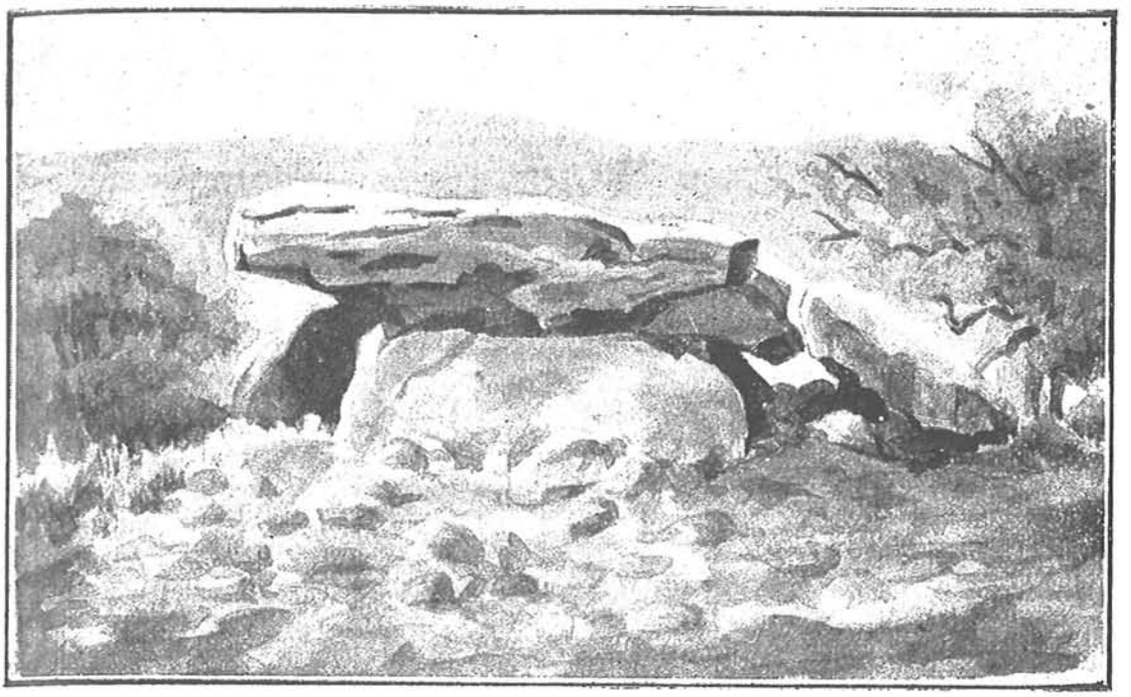
Dolmen de *Otsopasage*. El grabado inferior representa la cueva de *Basarletz* entre este dolmen y el de *Zubeinta*. Véase la página 200.

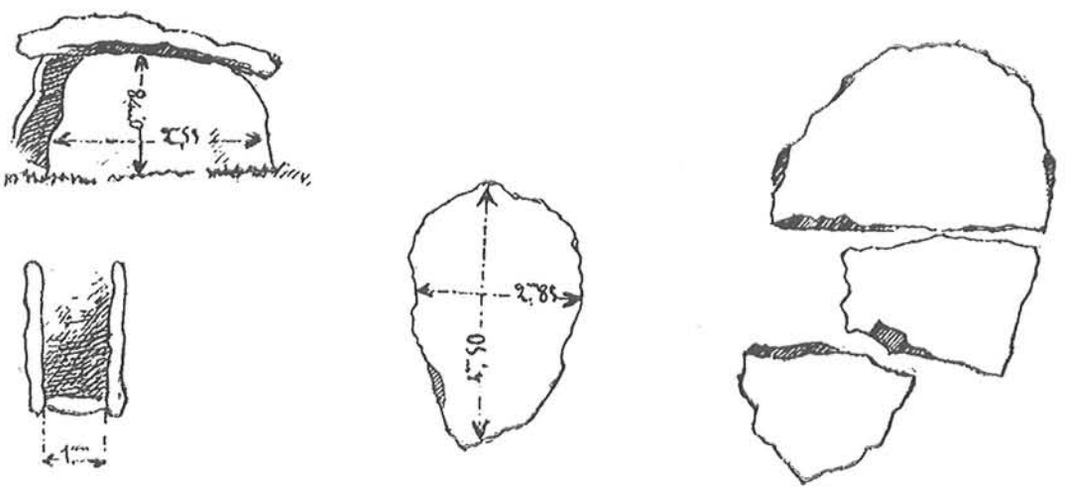




Núm. 4

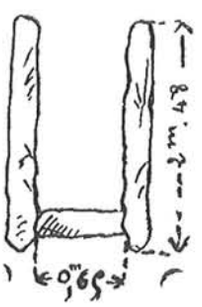
Dolmen de *Zubeinta*. Su entrada mira al Oriente. Véase la página 200.

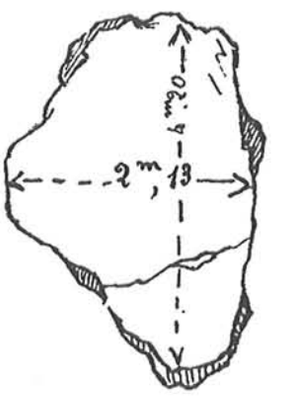




Núm. 5

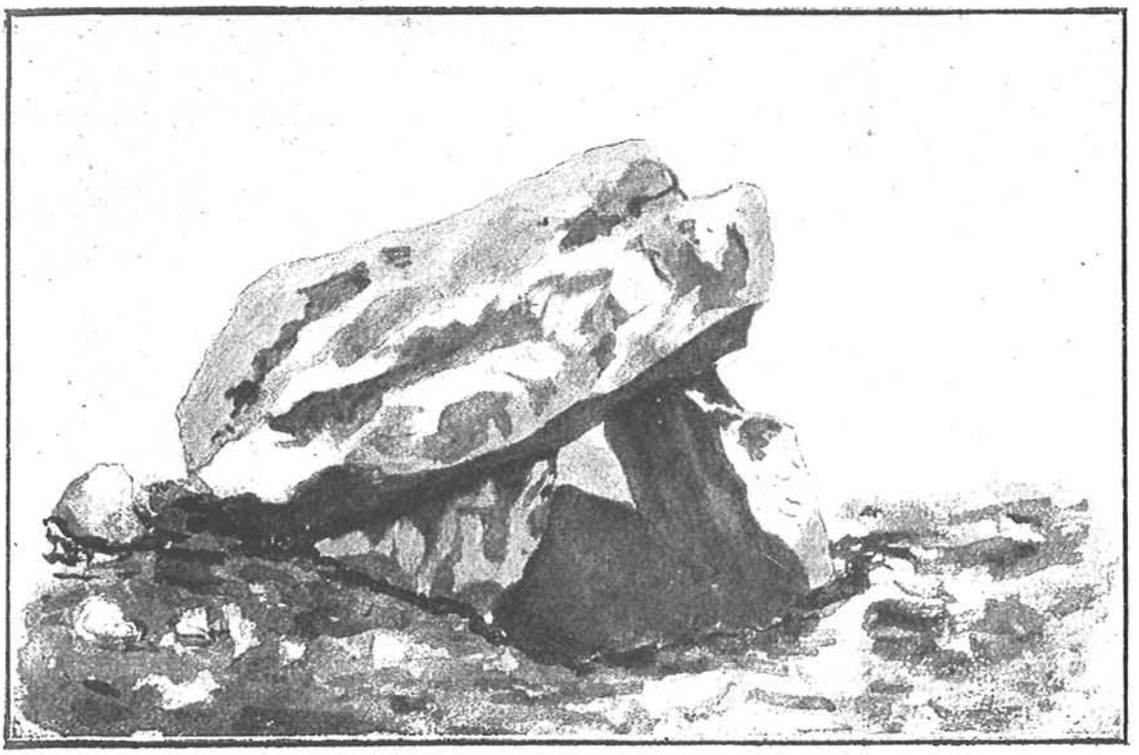
Dolmen de *Arzabal*. Su entrada al Oriente. Véase la página 201.

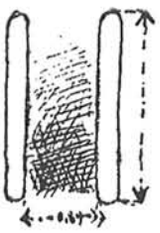


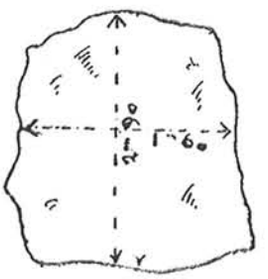


Núm. 6

Dolmen de *Urdenasco*. Su entrada al Oriente. Véase la página 201.

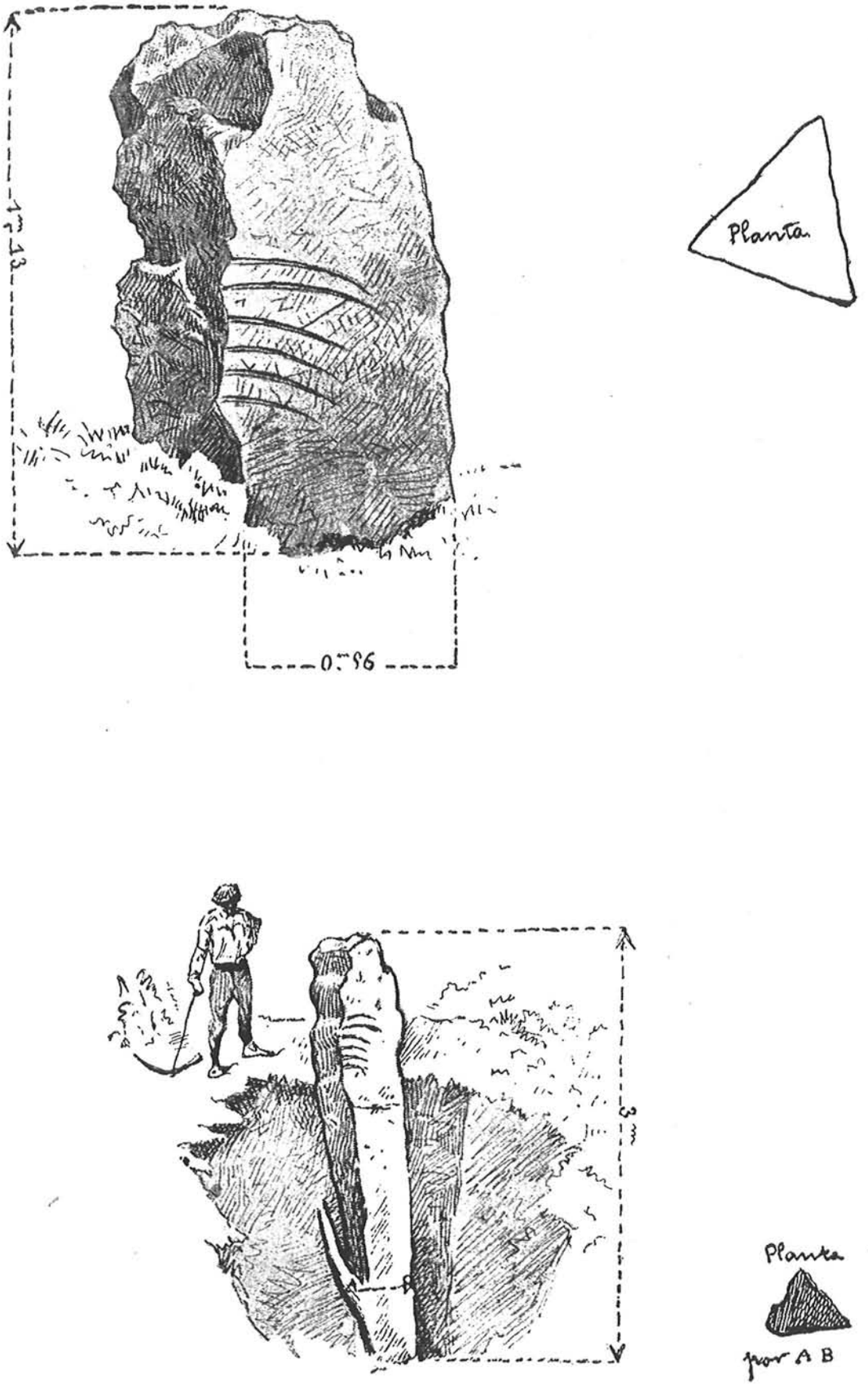






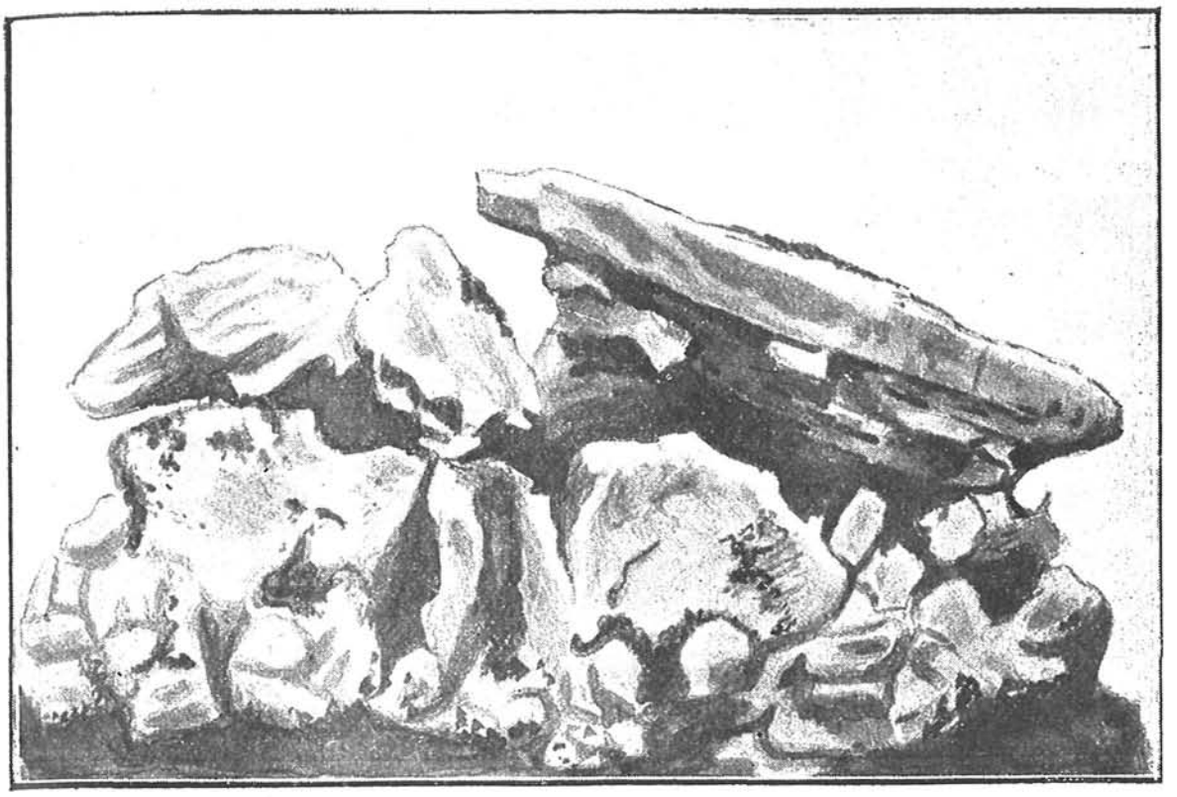
Núm. 7

Dolmen de *Seacoain*, abierto por ambos lados con dirección al Oriente. El grabado inferior representa la cueva de *Seacoain*. Véase la página 201.



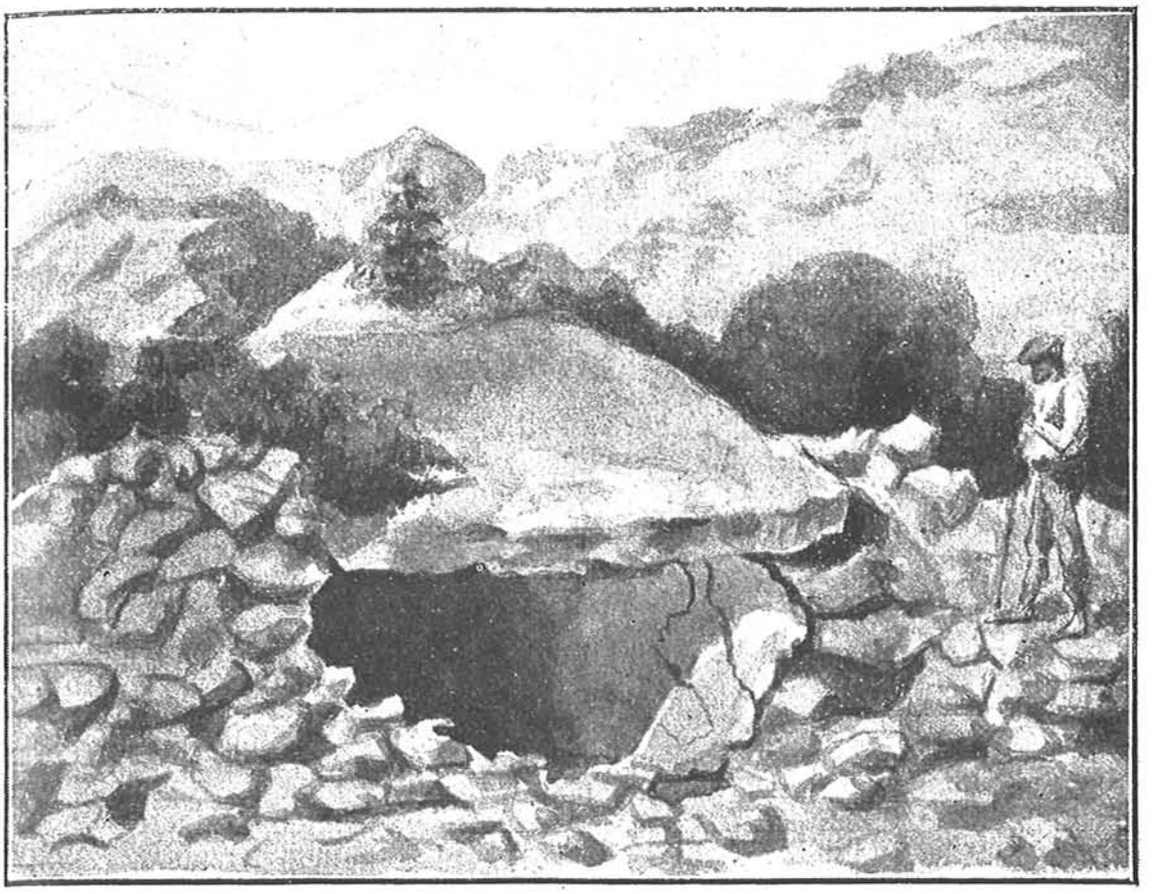
Núm. 8

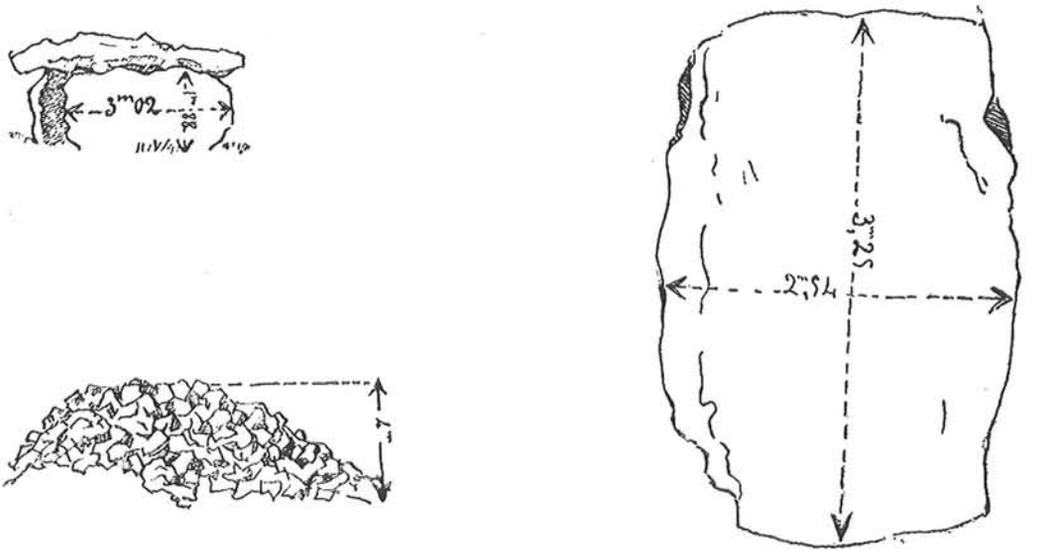
Menhir de Roldán con caracteres ógmicos. Véanse las páginas 201-203 y 212-214.



Núm. 9

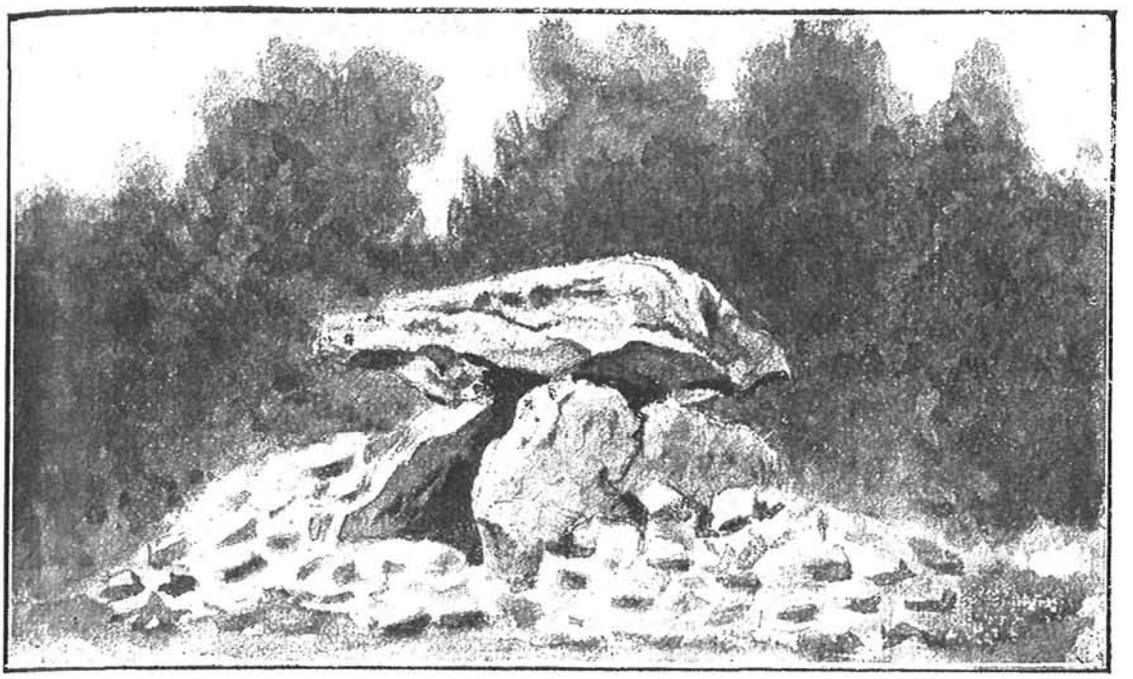
Dolmen de *Olaverta*. Véase la página 205.

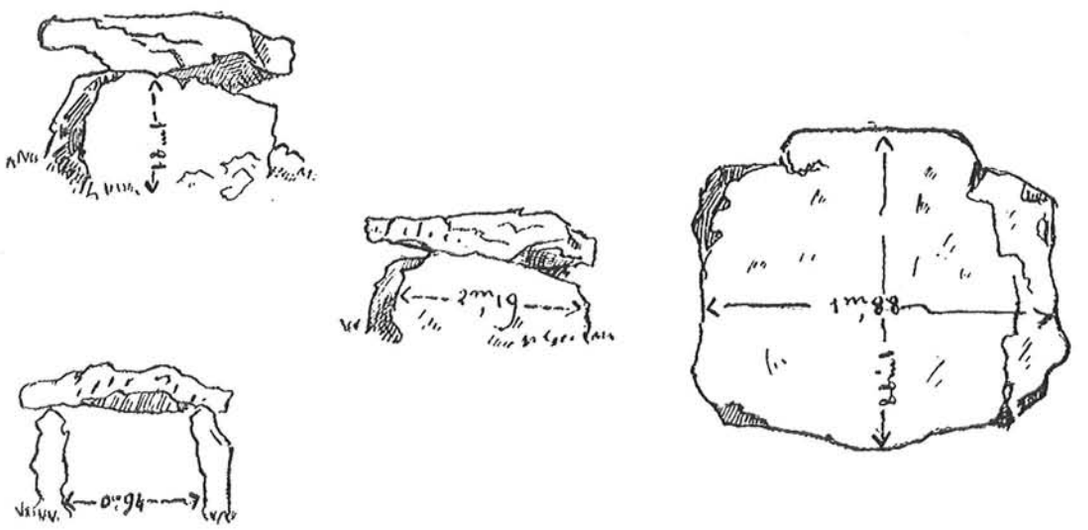




Núm. 10

Dolmen del Alto de *Luperta*. Véase la página 207.





Núm. 11

Dolmen del *Armendia*. Véanse las páginas 207 y 208.